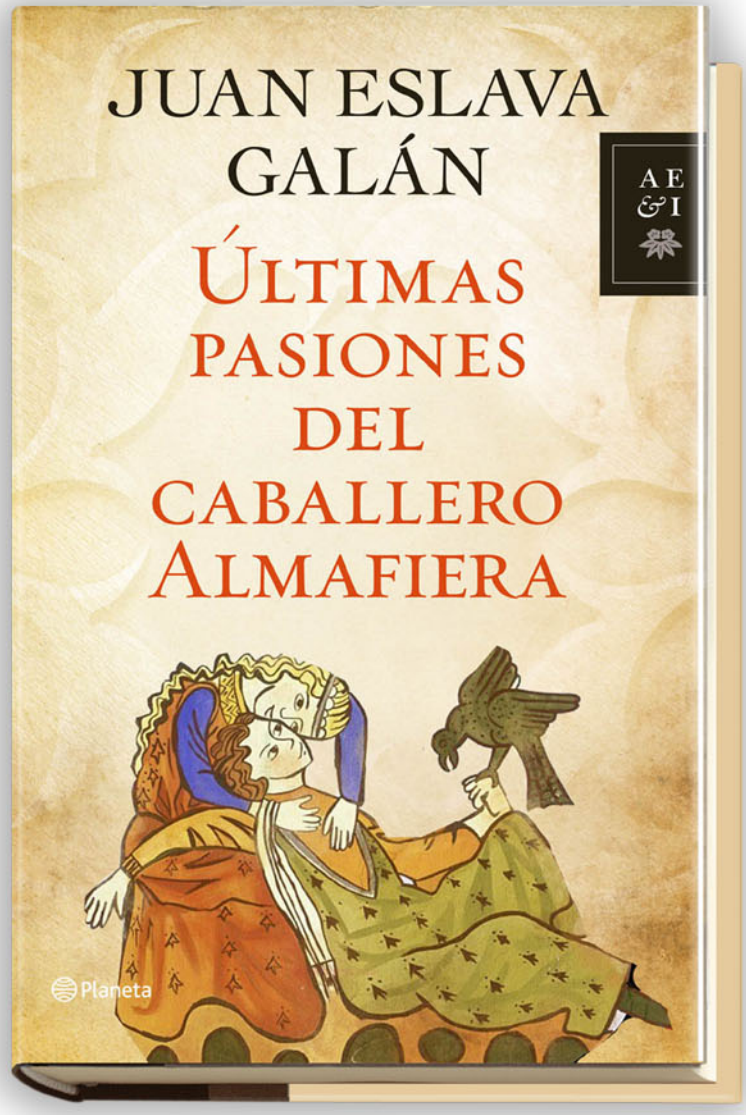
Fragmento

Últimas pasiones del caballero Almafiera

Juan Eslava Galán



Año 1212. Almafiera, un caballero de oscuro pasado, regresa de las cruzadas para reclamar el feudo que le han confiscado.

Juan Eslava Galán

Últimas pasiones del caballero Almafiera

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

Planeta

Capítulo I (1)
De cómo el caballero menesteroso disputó a dos follones la puente de Font Frida[1]

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

¿Qué vemos en el retablillo de nuestro cuento? Cien o doscientos títeres: reyes, arzobispos, caballeros, mesnaderos, trovadores, moros, ganapanes, putas y otra gavilla menuda.

Empecemos por este viajero que desciende por el puerto de la Vella, en los montes Pirineos, una radiante mañana de abril del año mil y doscientos doce.

La tez pavonada por el sol, el atuendo raído, el escaso hato, las desfondadas botas militares y el jamelgo encanecido y flaco que cabalga revelan a un caballero menesteroso que viene de lejos.

El caballero se recrea honestamente en el olor del espliego, en los lirios en flor que la brisa agita, en el fresco y verde prado que despliega sus gramíneas y se salpica de amapolas. Son campos lindos de mirar y cabalgar, cuando florece el olivo y canta el cuco, cuando la rana de san Antonio atruena

1. Al final del texto, el lector encontrará un glosario de términos o expresiones desusadas actualmente que aparecen en la novela.

el arroyo con su ronco canto y el lucio desova entre las piedras pulidas del claro riachuelo.

Poco le va a durar el gozo al caballero. En la puente de piedra que cruza el barranco de Font Frida, dos hombres de aspecto ruin, un cincuentón barbudo y un treintañero imberbe, disputan una partida de ajedrez.

El barbudo, que es ancho de cara y recio, medita la jugada mientras se rasca, distraído, la pelambre del pecho.

—Viene gente —le avisa el otro.

Levanta los ojos del tablero. Mira al viandante. Le parece un peregrino de los que van a San Yago, a postrarse ante la tumba del apóstol, lo que es de mucho beneficio para las ánimas. Repara en la espada de cinco palmos de la manzana a la punta que pende del hatillo. Un peregrino armado no concuerda, más bien discuerda.

—Vamos a ver lo que nos trae éste —dice el barbudo.

Los truhanes empuñan sus chuzos y salen al encuentro del viajero.

—Dios guarde —saluda el barbudo. Y levanta la mano como diciendo: «No pases de ahí.»

—Que Él os guarde —responde el caballero tirando de la rienda. Y descabalga, que es señal de humildad y buena crianza.

Es el caballero alto y membrudo y no aparenta más de treinta y cinco años. Se lee en su semblante reposado que antes quiere tranquilidad que bullicio. Este caballero ha padecido muchas labores de guerras en mares hondas y en tierras paganas. Esas tristuras de pobre y apretada vida otorgan al hombre pausada condición y lo hacen desaprobador de pendencias y ruidos.

El barbudo del puente, como no sabe con quién se las ve, se echa el chuzo al hombro, displicente, y dice, con mucha desfachatez, como si su pelaje no descubriera el embuste: «Somos criados del conde de Foix.» Y luego añade: «Su

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

señoría nos tiene aquí para cobrar el pontazgo. ¿Adónde vais?»

—A Zaragoza —responde el caballero.

—Aflojad dos maravedíes y todo el camino es vuestro —le dice el follón—. ¿Eso que lleváis ahí es una espada? —añade señalando el arma que, por mengua de funda, va envuelta en un pañizuelo encerado.

El caballero menesteroso la mira y asiente.

—¡Uy, qué miedo! —se burla el barbudo, y se vuelve hacia su compinche a ver si le aprecia la gracia.

El otro la celebra con una risita amujerada.

El caballero mira al bellaco. Una cara más larga de lo prudente con un belfo bermejo y salivoso, lo que denota alguna imbecilidad cuando no burricie, según la fisiognomía del sabio moro Avicena. Además, se apoya en el chuzo como un pastor en el cayado, cosa que un soldado sabedor de su oficio jamás haría. Dos truhanes miserables, piensa resignado el caballero, dos bautizos que malgastó el cura, carne de infierno, que a lo mejor me quieren jorobar, con el día tan bueno que hace.

—¿En qué posada has robado la espada? —le pregunta el barbudo.

«Además de mal encarado, insolente y faltón», piensa el caballero.

—Es mía —declara. Y, en tono humilde, como si se disculpara, añade—: Soy caballero.

—Caballero, ¿eh? —dice el barbudo. Y al reírse enseña dos incisivos amarillentos y un canino negro, podrido—. ¿Y no te da apuro montar ese rocín anciano?

El del belfo colgante emite otra risita nerviosa y se limpia la baba con el dorso de la mano.

—*Rozagante* se llama —informa el caballero. Palmea con afecto el pescuezo de la bestia y añade, resignado—: No puedo comprarme uno mejor.

El barranco y el puente están en medio de una verde

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA

pradería salpicada de flores blancas, gualdas y bermejas, entre las que revolotean moteadas mariposas. Huele la brisa a lavanda, a tomillo y a jara. Al caballero no le importa prolongar la parla. No tiene prisa ninguna por estropear tan lindo día de primavera.

—Vengo de ultramar —declara—. Vendí cuanto poseía para pagarme el pasaje en la fusta veneciana que me devolvió a mi tierra, sorteando vientos del segundo cuadrante.

El barbudo lo mira burlón, perdonavidas.

«¿No estaré malgastando la prosa?», piensa el caballero.

—Mi historia es la de una larga peregrinación que no os concierne —añade.

—Nos gustan las historias —asevera el barbudo—. Cuéntala y, si es buena, te dejamos pasar de balde.

Y mira a su secuaz, pavoneándose.

El caballero ha reconocido el pesado acento con que los francos pronuncian la parla occitana. «Dos brabanzones —piensa—, o quizá sólo sean dos chusmeros venidos de la Isla de Francia, la región donde los capetos tienen su reino.»

Al Languedoc acuden, como buitres a burro muerto, la caballería y la truhanería de la Cristiandad desde que el papa decretó, dos años atrás, la cruzada contra los herejes de la Cataria. Numerosos caballeros de la Isla de Francia y otros lugares de las Galias han testado ante escribano, se han despedido de los suyos y concurren a la cruzada con una cruz de cintas en el hombro.

PROPIEDAD DE EDITORIAL PLANETA